
**LA SECTA DE LOS EGOÍSTAS
Y OTROS RELATOS FILOSÓFICOS**

**LA SECTA DE LOS EGOÍSTAS
Y OTROS RELATOS FILOSÓFICOS.**

Raimundo Montero

Portada: *El rey bebe*, obra de Jacob Jordaens (1593-1678), en la cual retrata el gozo natural y egoísta del buen vivir. (Museo de Bellas Artes de Bruselas).

Título: La secta de los egoístas y otros relatos filosóficos

Autor: Raimundo Montero

ISBN: 84-95015-34-X

Depósito Legal: A-789-1999

Edita: Editorial Club Universitario

<http://www.editorial-club-universitario.es>

Impreso en España

Imprime Gamma

C/. Cottolengo, 25 – San Vicente del Raspeig (Alicante)

Teléfono 965.67.19.87

<http://www.lgamma.com>

gamma@lgamma.com

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y/o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ÍNDICE

Prólogo.	7
1.- La secta de los egoístas.	9
2.- El castillo de Santa Bárbara.	51
3.- La fantasmagoría literaria.	63
4.- Los hedonistas del Instituto Miguel Hernández de Alicante.	105
5.- Palabra de Dios.	133
6.- Los pícaros de Zarzalejo no perdonan.	147
7.- La pitonisa de San Vicente y su bola de cristal.	155
8.- La verdadera historia de Jesús de Nazaret.	165
A manera de epílogo	179

PRÓLOGO

Cuando un escritor le prologa un libro a otro escritor, corre el riesgo de extenderse más de la cuenta, y no siempre en su afán de alabar la obra en cuestión sino por culpa de su propia vanidad. Por eso mi mayor preocupación en este momento no es tanto la de alabar el texto que a continuación el lector tendrá ocasión de leer, cuyo interés y valía literaria enseguida podrá descubrir, sino en conseguir introducirle de manera eficaz y breve en algunos de los mundos que nos propone Raimundo Montero con sus respectivos relatos. De igual manera, por muy profundo que sea mi entusiasmo, no me gustaría cometer el mismo exceso que llevó a mi admirado Balzac a dedicar sesenta y dos páginas de su revista, a la crítica de *La cartuja de Parma*, de mi también admirado Stendhal.

Como profesor de Filosofía que es, Raimundo Montero entrevera todos sus relatos con aforismos filosóficos que enriquecen el texto y que, en ocasiones, resultan tan interesantes como el argumento de la propia narración.

En *La secta de los egoístas*, el autor nos cuenta cómo Cristóbal, un rico amoral y sin escrúpulos, encaprichado de una mujer hermosa a la que desea poseer, funda en Alicante la secta de los egoístas, siguiendo los fundamentos de una escuela filosófica surgida en París a principios del siglo XVIII. Gracias a la colaboración de un amigo suyo, un ruso mafioso que se adhiere a la secta, Cristóbal consigue por fin alcanzar su deseo carnal, redoblando su placer al reclutar también para su grupo de egoístas a la mujer que tanto le había encandilado y a la esposa de su amigo.

Singular argumento emplea Raimundo en *Los hedonistas del Instituto Miguel Hernández de Alicante*, un relato con mayor contenido filosófico. Dos amigos y compañeros, profesores de Filosofía, deciden permanecer solteros para vivir sin trabas una vida licenciosa. Ambos personajes le sirven al autor para exponer varios razonamientos acerca de la felicidad y evidenciar algunas de las hipocresías que anidan en muchos de los seguidores de las dos principales utopías contemporáneas: el cristianismo y el marxismo.

El castillo de Santa Bárbara y *La verdadera historia de Jesús de Nazaret* son dos relatos cortos. En el primero combina la descripción del castillo alicantino con una breve historia en la que el autor de la narración se ve sorprendido por la rebeldía de un personaje de ficción; mientras que el segundo es una interpretación muy peculiar de la vida y obra de Jesucristo, apareciendo como texto escrito por un latino de la época, un supuesto Honorio el Filósofo.

La fantasmagoría literaria es la narración que mayor interés ha despertado en mí, sin duda debido a mi condición de escritor alicantino. En esta novela corta, escrita en primera persona, el narrador –un tal Andrés– nos cuenta que desea escribir una novela que tenga como argumento la petulancia de algunos escritores alicantinos y, para ello, se pone en contacto con un antiguo profesor suyo de la Universidad, escritor vanidoso y ensoberbecido, que le presentará a su vez a otros personajes: una poetisa que plagia sus poemas, un articulista con grandes ínfulas, etc. El personaje principal, de este juego literario, se cree muy astuto porque intenta conocer las miserias ajenas mediante la adulación, evidenciándose poco a poco ante el lector como un individuo de peor calaña que los que él trata de criticar: servil, envidioso, rastrero hasta la repugnancia y pretencioso, como lo demuestran sus inoportunas disquisiciones seudofilosóficas y descriptivas, un personaje de ficción muy bien definido por Raimundo Montero, que en cierto modo vino a recordarme al protagonista dostoiévskiano de *Memorias del subsuelo*.

Por si acaso he comentado algo más de la cuenta de algunos relatos; por ello, no anticipo nada de los restantes.

Este libro es, en resumen, un compendio de varias narraciones más o menos cortas que resulta ameno a la lectura y que, de vez en cuando, despierta en nuestro ánimo la necesidad de reflexionar sobre ciertas cuestiones siempre interesantes. No en balde, más allá del argumento literario de cada uno de los relatos, se encierran planteamientos filosóficos profundos con los que muchos de nosotros nos hemos enfrentado alguna vez.

Gerardo Muñoz Lorente

LA SECTA DE LOS EGOÍSTAS

A Pedro Díaz, un personaje altruista.

“El gato no nos acaricia; se acaricia con nosotros”.
Rivarol: *Maximes et pensées*, 29

Desde años atrás, Cristóbal Fernández Z* experimentaba una pasión ególatra y desenfrenada, un tipo de filosofía en la que el logro más elevado consiste en disponer del máximo poder personal que posibilite el disfrute de los más preciados caprichos. Cada victoria, en esa búsqueda de la supremacía o dominio, tendía a elevar el nivel de su competición hasta conseguir satisfacer otro de sus antojos, pese a que para llevarlo a cabo hubiese de valerse de tropelías, abusos e iniquidad. Tan exagerado prurito de placer dirigía sus acciones que a su filosofía se la podría denominar de egoísmo absoluto. Evidentemente, no aceptaba las reglas éticas marcadas por la costumbre o las mayorías y, en cambio, se daba a sí mismo otras distintas, exentas de escrúpulos, que le facilitasen la obtención del triunfo.

El muy bribón ejercía las artimañas de la abogacía en turbios negocios inmobiliarios en una agencia ubicada en Alicante, de la cual dependían tres sucursales (ubicadas en Palma de Mallorca, Santa Pola y Torreveja), que se habían especializado en traficar y, sobre todo, en vender casas, chalés y hasta edificios enteros a diversas mafias de los países del Este y en especial de la antigua Unión Soviética. Los beneficios de sus ventas y chanchullos, unos 75 millones de pesetas, sumados a los 100 logrados por su trato con las mafias, le condujo a acariciar una idea despiadada: librarse de su mujer, que tanto lo había apoyado amorosamente, antes de que descubriese lo mucho que se había acrecentado el patrimonio familiar, y divorciarse de inmediato.

Sin pensárselo dos veces, maltrató a su compañera con saña hasta que ella le pidió la separación matrimonial. Sin demora, él accedió y, debido a sus contactos en el Colegio de Abogados de Alicante y varios sobornos, en pocas semanas ya gozaba de su nueva condición de divorciado y se sentía libre, como un águila imperial por los cielos de España, con el fin de otear y atrapar a una dama que trabajase de modelo o que fuese tan bella como las tales, aunque la mujer que acababa de repudiar era bastante hermosa. Sin

embargo, su postrera ocurrencia le obligaba a intentar agenciarse a una diva como quiera que fuese, sin atender a los métodos que precisase o al dinero que hubiese de desembolsar con vistas a encandilarla.

Mientras Cristóbal ordenaba sus pensamientos con la determinación de obtener sus maliciosos objetivos, Anastasio López C*, ignorante del peligro que le acechaba, gozaba con fruición casi cada noche de su escultural compañera de connubio: la alicantina y bien parecida Ana del Río T*, la cual lucía estas impresionantes curvas y atractivos de la carne: 1,75 m. de alzada, caderas bien contorneadas, trasero tan bien formado que hasta llamaba la atención de los homosexuales; de pechera parecía que se había puesto la silicona, cuando nunca falta le hizo, y de un semblante más que agradable de ver: ojos grandes y de un azul celeste precioso, labios carnosos pero sin exageración, nariz ni corta ni larga y el conjunto tan bien acabado que más parecía una musa que una simple mujer.

Por otro lado, desde la obtención de la disolución matrimonial, Cristóbal salía de alterne con sus amigos y conocidos con el fin de entretenerse y tratar de encontrar a la beldad de sus sueños. Y como el que la sigue la consigue, un día de esos de parranda se hallaba en el restaurante Dársena -situado en el puerto de la capital de la Costa Blanca- con un picapleitos conocido suyo (Juanjo Cervantes L*) y un magnate de la mafia rusa (Petróvich Miliukov P*), cuando por uno de esos caprichos del destino penetraron Ana y su marido Anastasio en el comedor del Dársena.

Como a Cristóbal no se le pasa ni una, al momento de traspasar el umbral del comedor, contempla la irresistible belleza de Ana, da un suspiro y automáticamente, como movido por un resorte mecánico, baja su mano diestra a su paquete, mientras se lo manosea a discreción por debajo de la mesa y lejos de las posibles miradas de los comensales.

Juanjo y Petróvich, al oír el suspiro de su compañero de mesa, giraron la cabeza hacia atrás a fin de advertir el motivo, y pronto comprendieron que la fémica en cuestión bien lo merecía debido a su extraordinaria hermosura.

-Llamas demasiado la atención. ¿Cómo he de decirte que sólo te pongas esos escotes en ocasiones muy señaladas? –se quejaba Anastasio en el momento en que Ana y él se acomodaban justo en una mesa relativamente cercana a la de los tres especuladores sexuales y urbanísticos que la estaban desnudando con la mente y comiéndosela con los ojos.

-La que se luce será porque puede, ¿no? –se defiende Ana, a quien desde la adolescencia le fascinaba poner a cien el instrumento viril de los caballeros. No obstante, lo conseguía aunque no se lo propusiera.

A decir verdad, la abertura muy generosa de su blusa rozaba sus dos pezones erguidos y, no los mostraba, pero, aún así, quedaba de lo más excitante. Si a esto le añadimos su semblante de diva, presidido por unos lindos ojos de gata, sus curvas impresionantes; su larga melena de morenaza que se extendía hasta el orificio del placer nefando de los sodomitas o perforadores; entonces, hasta el más zopenco comprende que los machos suspiren por semejante hembra de la naturaleza.

-¡Por Dios Padre, que en mi vida había visto una mujer igual! –exclama Cristóbal sin quitarle el ojo avizor al amplio escote vertical de la beldad.

-Verdaderamente, no quisiera acabar mis días sin haberme pasado por la piedra a una belleza de ese calibre –asegura Juanjo.

-¡Bah!, mi mujer es igualmente hermosa y uno se cansa de todo y quiere mojar con otra distinta. ¿Está bien dicho lo de “mojar” en el sentido erótico del asunto?; pese a que -prosiguió Petróvich, que ya dominaba bastante bien el castellano, al ver que Cristóbal asentía con la cabeza- te acuestes con una bastante más fea que tu esposa.

-¡Qué fácil es hablar así cuando no se está pasando hambre sexual y se moja cada noche de primera categoría! –replica Cristóbal al ruso.

-Cristóbal, ¡pero qué dices!, si tu ex mujer está como un tren –puntualiza Juanjo.

-Me harté de su ñoñería y de su pudor a la hora de no querer experimentar ciertas posturas y algunas deliciosas especialidades y, por ello, os confieso que busco, aunque me cueste su peso en oro, una mujer como ese bombón que acaba de sentarse con su marido o quien quiera que sea el pájaro que la acompaña.

A todo esto, uno de los camareros les interrumpe tan poco edificante tertulia:

-¿Qué desearán comer los señores? –pregunta muy profesionalmente.

-Para no desentonar con el bombón, os sugiero que pidamos cigalas y tres grandes bueyes de mar en una rica salsa marinera, todo ello bien regado con un buen ribeiro blanco –propone Cristóbal.

Evidentemente, los dos vividores que lo acompañaban no se resistieron a tan suculenta propuesta y, tras unos breves minutos, les sirvieron tales manjares.

“Está delicioso este buey de mar, pero le falta esa tía buena para ser perfecto y le sobran estos dos patanes” –maquinaba Cristóbal, que no le

quitaba ojo a la hembra, a la espera de que un descuido mostrase uno de las dos partes salientes de sus enormes y armoniosos limones.

El ambiente de la sala de ese restaurante de burgueses, niños de papá o pijos, mafiosos y demás pícaros y afortunados de la vida, iba in crescendo sexualmente conforme la mayoría de los varones prestaban más atención a Ana que a las sabrosas viandas que engullían con parsimonia.

“Creo que me he casado con una calientapollas, pues a mí mismo, que tantas veces me la he tirado, me la está poniendo a cien” –reparaba Anastasio.

-Cuida, al menos, ¡por Dios!, que no se te salgan los pezones –ruega el marido, bastante inquieto al observar que uno de ellos rozaba escandalosamente el filo del amplio escote vertical que mostraba la mitad de los senos e insinuaba y marcaba dos ubres tan grandes como bien formadas, a causa de la simetría corporal de la señora y del hecho de no haber sido madre; si bien infinitos machos no tendrían inconveniente en prestar su colaboración altruista a fin de que su estado deviniese en otro más embarazoso.

La vorágine erótica de Cristóbal se estaba concretando con una fuerza irresistible en Ana. Llegó a pensar que haría cualquier cosa, desembolsaría los millones de pesetas precisos, mas después de haber visto a esa beldad no pararía hasta conquistarla y deleitarse de sus atributos femeninos. Poco o nada le importaba si hubiese de casarse en santo matrimonio o simplemente juntarse con ella a fin de disfrutar de las delicias de su cuerpo y, al mostrar tal trofeo por las calles de Alicante, ser la envidia de todos.

-Dado que necesito de valedores si quiero medrar en la sociedad, ¿qué podría hacer, amigos míos, para tener a esa dama a mis pies? –pregunta el muy pícaro.

-¿No ves que tiene pareja? –objeta Petróvich.

-¡Me importa un carajo! He de luchar por ella hasta poseerla, si es posible que me quiera y si no, tanto me da –asegura con rotundidad Cristóbal, preso de una inclinación irresistible.

-Pero, ¿qué mosca te ha picado? O, tal vez, ¿nos estás tomando el pelo? –inquirió Juanjo.

Por extraño que parezca, Cristóbal no estaba de guasa, sino que un ardiente apetito concupiscible comenzaba a enseñorearse de él. Hasta tal punto le cegaba su repentina obsesión, que vendería por dos duros a su padre

si con ello obtuviese los favores de Ana. Para no dar pie a malos entendidos, comunica a sus colegas su firme resolución:

-A partir de estos momentos, el objetivo principal de mi vida es seducir a toda costa a esa tía, y si vosotros me ayudáis seréis bien recompensados –asevera con semblante grave y voz firme.

Petróvich, que si en algo destacaba en este mundo era en ser un excelente conocedor de los métodos de la mafia y de que con dinero y excelentes profesionales se consigue hasta lo imposible, especula en voz alta a la manera de un simple usurero:

-Por mi encantado, siempre que tu luego me pongas al tanto de alguna subasta de casas o chalés que me sea rentable comprar de cara a la venta o a la especulación –afirma el mafioso, al paso que Juanjo se queda al margen, reconociéndose menos adecuado para ese tipo de trabajos.

A Cristóbal no le disgustó esa especie de contrato verbal:

-Desde luego, te avisaré tan pronto como me entere de algunas subastas que puedan interesarte, pero te ruego que comiences tú primero a abrir el camino que me conduzca a poseerla lo antes posible.

-Si tu decisión va en serio -dijo Juanjo al tiempo que dirigía la mirada a Cristóbal-, supongo que primeramente Petróvich debería de averiguar el nombre, la dirección, los gustos y los puntos débiles de ella por los que se le pueda entrar.

-Aparte de una buena cantidad de dinero a fin de sufragar los gastos que se deriven de la investigación; ya que habrá que rastrear lo imprescindible al caso, espero que no haya que llegar a una situación límite –manifiesta el especialista.

“Me imagino que con lo de ‘situación límite’ se referirá a no ensuciarse las manos con sangre del marido u otra persona que se cruce en el camino. Lógicamente, le aseguraré que el trabajo se efectuará sin necesidad de aniquilar a nadie, si bien este aspecto no me interesa que se pacte de inmediato por mantener la necesaria libertad de acción, y le entregaré un talón por valor de medio millón inmediatamente, puesto que la nena merece mucho más” –maquinaba Cristóbal.

-Veo, Petróvich, que como siempre nos entendemos a la perfección. Así que no habrá ninguna situación límite y dime cómo averiguarás su nombre, dirección, etc., y te firmó ahora mismo un talón de 500.000 pts. –asegura el futuro jefe.

Petróvich advirtió que el acompañante de la señora en cuestión había perdido la cuenta. En atención a lo cual, no paraba de acecharlos a fin de percatarse del momento del abandono del restaurante. Por esa razón, en el instante que la pareja se alzaba de sus asientos, el mafioso también se levantó, comunicó a sus compañeros que se dirigía al aseo a aliviarse y siguió disimuladamente a la pareja. Ya en el estacionamiento público más grande del puerto, saca las llaves de su coche con el fin de no dar lugar a las sospechas y dentro de él anota en un papel la matrícula del automóvil en que se alejaba la beldad. Satisfecho por no haber perdido la primera y más esencial pista que le conduciría a la dama, regresa al restaurante, toma asiento junto a sus camaradas al punto que les revela la primera pesquisa del negocio que acababa de convenir con Cristóbal:

-Mirad la rapidez y efectividad con que actúo, he seguido a la parejita y tengo en mi poder la matrícula del coche en que se han marchado.

-¡Estupendo! Dámela, por favor –ruega Cristóbal.

Prestamente, se la entregó, no sin sugerir que él no trabaja gratis:

-Aquí la tienes -manifiesta cuando se la facilitaba-. Un papel por otro, me refiero a tu ofrecimiento –insinúa a la espera de recibir el talón.

Cristóbal acostumbra a comportarse de forma fría y calculando el pro y el contra de cada decisión y, en consecuencia, pensó que le interesaba curarse en salud, fingiendo que se trataba de una broma de mal gusto por si no le conviniese que ellos conocieran la verdad. Asimismo, supuso que el ruso con esa estratagema averiguaría la matrícula que él precisaba en atención a comenzar las pesquisas y las acciones pertinentes que le proporcionasen gozar de tal hembra sin par. Por lo tanto, repara en que no sabía con certeza si precisaría de los servicios de Petróvich. Sin embargo, sí que creyó oportuno que Juanjo permaneciese al margen y ambos se tragasen esta trola:

-Espero que me perdonéis la broma de mal gusto...

-¡Claro, es una broma! Ya me extrañaba a mí –le interrumpe Juanjo.

-Entonces, ¿te has cachondeado de nosotros sin más? –pregunta el ruso.

-Tampoco, exactamente. Ha sido una locura que se te pasa por la cabeza y que mejor será que nunca lleve a cabo.

-Me alegro por ti. Esos asuntos tan turbios de faldas siempre acaban bastante mal –declara Juanjo.

Acabaron esa cena suculenta con unas tartas al güisqui. Tras el postre, vinieron el café, la copa y el puro. No perdonaban nada ni a una comida, ni a

cada hora de existencia. Los tres, aunque cada uno en su estilo, habían apostado con fuerza en el gran juego de la vida. Probablemente, ese trío de pícaros o vividores no erraba en absoluto, pues, ¿por qué no apostar fuerte si, de todas maneras, nadie nos ha pedido permiso para nacer y hemos sido condenados ya antes del nacimiento, sin juicio y sin delito, a la muerte eterna?

Al concluir la cena, charlaron un rato más acerca de qué harían, y por dónde, a la escultural dama. Finalizados esos inconfundibles comentarios machistas, Juanjo y el ruso se marcharon en sus respectivos coches; no a así Cristóbal que vive relativamente cerca del restaurante Darsena, en la Explanada de España.

Cristóbal, una vez en la soledad de sus aposentos y poco antes de conciliar el sueño, medita: “He de conseguir a esa dama, aunque en ello me vaya la vida”. Durante la noche no soñó sino con ella. Hacía años que no tenía una polución nocturna tan extraordinaria. Se despertó al momento de mancharse los calzoncillos con su líquido reproductor, al paso que calculaba: “Si me lo he pasado tan divinamente en sueños, ¿cómo será cuando la tenga en la cama?”

En el instante que al calor de la noche crecía fuertemente la obsesión en la mente de Cristóbal, Anastasio gozaba de las ricas curvas de Ana, ajeno al peligro que le acechaba.

Cristóbal, conforme transcurrían las semanas, lejos de disminuir la pretensión de ganar ese trofeo sexual, incrementaba la ambición en la que el interés de poseerla tenía más importancia que cualquier otra determinación. Se hallaba bajo el impulso natural o animal de guiarse por la inclinación del amor propio. Sin lugar a dudas, el egocentrismo reina en el corazón de cualquier ser vivo saludable, hasta tal punto que si a un sujeto se lo arrebatásemos se convertiría en una piedra, sin disponer de impulsos para obrar ni el bien ni el mal. No obstante, dentro de esa egolatría connatural al ser humano y al resto de las especies animales, siempre ha habido clases; es decir, unos se rigen por el egoísmo como el principal motor de sus vidas, mas también practican acciones desinteresadas; y otros, entre los que se encuentra Cristóbal, como el único y soberano impulsor de cada una de sus acciones y motivaciones.

Día a día crecía el deseo desenfrenado de gozar de la dama de sus sueños. No había otra idea más fuerte que esa en su cerebro. Su obcecación comprendía una vertiente teórica y otra práctica. En el primer aspecto, se entretuvo examinando teorías filosóficas o científicas que fundamentasen su egoísmo desmesurado. Buscando ese apoyo racional, descubrió en un libro

que, ya en 1716, el profesor de historia en Leipzig, Johann Burkhard Mencke, mencionaba la creación de la secta de los egoístas en París. Conforme averiguó Cristóbal, los miembros de esa original escuela filosófica no sólo niegan, al igual que los idealistas, la existencia del mundo material exterior; también rechazan que exista algo de valor fuera de la propia conciencia del egoísta, incluyendo las conciencias ajenas. Se trata de una forma de solipsismo, según el cual es real o verdadero el yo mismo, y el conjunto de los demás seres son meros sueños o lucubraciones del yo. Desde el mismo día que se enteró de la existencia de esa secta de pensadores ilustrados, se adhirió a sus planteamientos como si se tratase de la filosofía que muestra la verdad absoluta. En el aspecto de la praxis o de la acción, consideró tanto la mejor manera de llevar a buen puerto la posesión de su amada como el cumplimiento diario de las tesis de su nueva filosofía de la vida o secta de los egoístas.

Con tal de no perder más tiempo en los aspectos teóricos, comprendió que nadie como Petróvich a fin de ponerse urgentemente a trabajar con la meta puesta en lograr los favores de la belleza que tanto anhelaba. Así pues, descuelga el teléfono del despacho de su inmobiliaria de Alicante, sita en la Rambla de Méndez Núñez, y marca el número del ruso:

-¡Diga! –exclamó el mafioso al colocarse el auricular en su oreja.

-Petróvich, mi buen amigo, soy Cristóbal.

-¡Cuánto tiempo sin saber nada de ti!

-Es que estaba muy ocupado.

-Antes de que se me pase, muchas gracias por ponerme al corriente de la última subasta, de la cual pienso sacar unos dos o tres millones de beneficios, si logro venderla. Y si no, con el tiempo aún ganaré más cuando suban los precios de los apartamentos.

-Me alegra que te sirvan de utilidad mis servicios – aquí quería llegar Cristóbal por ver si él se ofrecía para devolverle el favor.

-Como espero que a ti los míos, si te puedo echar una mano en algo.

Cristóbal se estaba cansando de tantos rodeos y trata de quedar con él:

-¿Qué día de esta semana estás libre por la noche?

-El viernes, si te parece.

-De acuerdo, pero has de venir sólo a mi casa y en la cena hablaremos de negocios.

Continuaron una corta tertulia insustancial, por lo de guardar las formas y no ir directamente al grano, y luego se emplazaron a la cita del viernes a las diez de la noche en la casa de Cristóbal.

“Si llevo a buen término mi decisión tan brutal como egoísta, no hago sino seguir los designios del Altísimo, pues ¿qué le llevo a Dios a crear el universo más que el aburrimiento? A ver si no se divertía con los ángeles y Lucifer, y creó unos seres más desamparados, de carne y hueso, para que se corrompieran en el pecado y Él, con el fin de salvarlos, tuviese la oportunidad de convertirse en hombre, entretenerse un rato y hacerse el héroe, a la vez que nos engañaba fatalmente” –cavila Cristóbal, un tipo nada cándido, momentos antes de su cita con Petróvich.

El ruso se personó el viernes a la hora convenida en la lujosa casa de Cristóbal, situada en la Explanada de España de Alicante. El anfitrión había encargado dos pizzas marineras y tenía preparada la mesa con una excelente ensalada y varios tipos de frutas, con la finalidad de no malgastar el tiempo y tratar de ganarse prestamente el apoyo del mafioso.

-Otra noche quedamos en el Dársena y no tienes que molestarte en la cocina –dijo el ruso al entrar al comedor y observar lo bien ordenadas que estaban las viandas en la mesa.

-Buscaba una absoluta intimidad.

-Por eso me previniste de que viniese sólo. ¿Qué estarás tramando?

-Nada que tú no sepas –contesta el anfitrión, ya ambos sentados a la mesa y dispuestos a llenarse las andorgas.

-Pues no tengo ni idea –insinúa Petróvich para que le revelase el objeto de tanto misterio.

-Después de cenar te contaré el motivo por el cual preciso de tus valiosos servicios.

En el mismo instante que acabaron de engullirse la fruta, Cristóbal recogió en un periquete la mesa y tomó de la cocina una botella de güisqui, la cubitera de hielo y dos copas. Inmediatamente, le sugirió que se acomodasen en otro lugar más apropiado (la sala de estar, alrededor de una mesilla que había entre dos sofás) para las confidencias y a fin de tomarse a placer unas copas.

-Soy todo oídos –manifesta el ruso, cómodamente recostado en el sofá, tras comenzar a saborear el primer güisqui.

-¿Te acuerdas, la última vez que cenamos en el Dársena, de la tía buena aquella que tanto me...?

-¡No me digas que has cambiado de opinión y quieres que haga un buen trabajo! –le interrumpe Petróvich.

-Tú lo has dicho –ratifica Cristóbal-. Comprende –agrega- que a mí me gusta la discreción y que, por lo tanto, si llegamos a un acuerdo, éste ha de quedar absolutamente entre estas cuatro paredes.

-Así será, si me conviene el trato.

-El pacto no se diferenciará mucho de aquél que convenimos en la otra cena junto a Juanjo y que, deseando que él no se enterara, al final, dije que se trataba de una broma. Ahora mismo, pues, te firmó un cheque por valor del doble del que te prometí la otra noche; o sea, un millón de pesetas y te seguiré proporcionando buenas ocasiones para tus negocios inmobiliarios a cambio de que me ayudes a conseguir a esa dama cuanto antes.

-Estoy conforme siempre que no haya de ensuciarme las manos de sangre. Si, por ejemplo, hubiese de liquidar a su marido, cobraría bastantes millones más.

Petróvich como buen profesional de la mafia sabe muy bien la manera de convenir contratos verbales en los cuales según la naturaleza de la prestación se han de incrementar los beneficios.

-Si la nena en cuestión tuviese marido, trataríamos primero de engañarle o comprarle y únicamente si no encontrásemos otra solución optaríamos por eliminarlo, aumentándose, en ese caso, el cheque a diez o más millones.

-Comencemos con la primera posibilidad; pues no creo que tengamos necesidad de llegar tan lejos, suponiendo que no se enamore de ti y esté casada, porque el otro día su acompañante igual sólo era un pretendiente.

-Bien, bien... -asiente en tanto que abandona la sala de estar.

Dos o tres minutos después, torna a la sala de estar con un talonario de cheques, una pluma y un trozo de papel.

-Aquí tienes la matrícula que conseguiste la otra noche –afirma cuando le entregaba el trozo de papel-. Con ella averigua la dirección y los restantes datos que nos interesen, como si le gusta el dinero, si está casada, si tiene hijos; si se lleva bien con el supuesto marido, etc. –le ordena mientras le estaba firmando un cheque nominativo por la cantidad convenida.

-Correcto, pero este trato no se lo contaremos absolutamente a nadie, a fin de no complicarnos la vida –declara Petróvich cuando se guardaba el

talón en su billetera de piel de cocodrilo-. Espero que -añade- si el asunto lo precisa o se complica me firmarás otros, ¿no?

-Por supuesto que sí. Lo que haga falta: la boca totalmente cerrada y el talonario convenientemente abierto. Piensa que yo no estoy casado con una hermosura como tu señora y que cada noche sueño con esa belleza de mujer y me muero por disponer de sus favores.

-Bueno, ya cerrado el trato...

-No tengas prisa que deseo contarte algo -le interrumpe Cristóbal creyendo que el ruso quería marcharse precipitadamente.

-Cuéntame cosas. Ya sabes que estoy disponible para cualquier empresa útil, pues lo útil es bueno, como profesamos los utilitaristas.

-Te propongo que entres a formar parte de una secta muy especial.

-¿Yo? A una secta, si soy más ateo que Nietzsche.

-Te he dicho que se trata de una muy especial y no de las ridículas agrupaciones sectarias de curso corriente: Testigos de Jehová, Niños de Dios, Opus Dei; la secta Zen, el Hare Krishna, etc. Si te fijas en los adeptos de esas agrupaciones, en especial los de las orientalistas, les falta como una pila o una vitamina; sin embargo, yo te propongo crear una escuela filosófica o secta de espíritus fuertes, egoístas, intrépidos y alejados de la hipocresía y ñoñería de los creyentes.

-Ya me extrañaba a mí que un tipo como tú se metiese en una secta corriente de inválidos de la vida. ¿Y qué nombre tiene la tuya -pregunta el ruso-, si se puede saber?

-La secta de los egoístas -contesta con firmeza Cristóbal.

-De entrada, el nombre me parece perfecto. ¿Cuántos miembros tiene y en que artículos se basa? -inquieta con verdadero interés Petróvich.

-Esta secta o escuela filosófica se originó a principios del siglo dieciocho en París. En la ciudad de *les fogueres de Sant Joan* no ha existido, que yo sepa, jamás. Por ello me siento con fuerzas y ganas de fundarla como una clase de masonería, en la cual solamente se permita entrar a espíritus selectos y egoístas como nosotros. Si te animas -por fin, concluye la perorata-, tú y yo seríamos los miembros fundadores en Alicante.

-Antes, lógicamente, he de conocer los artículos o ideales de esa secta tan original.

-Teóricamente, se basaría en principios semejantes a la primera escuela filosófica de este tipo que existió en París; es decir, solamente existe el yo individual del miembro de la secta y las demás personas son fantasmas o sueños suyos, a excepción, claro está, de los demás miembros del grupo, a quienes se ha de ayudar por motivos egoístas, a fin de recibir a cambio sus valiosos servicios. Me encantaría fundar esa secta contigo –continúo Cristóbal con sus explicaciones- si aceptas estas tres condiciones: para entrar alguien más en el grupo ha de ser aprobado por la totalidad de los miembros, evidentemente al principio por nosotros dos; solamente un socio tendrá licencia para negarse a ayudar a otro si lo que se le pide va en contra de sus intereses particulares y, por último, cualquier participante tiene derecho, sin que haya lugar a represalias, a abandonar la secta en caso de ser traicionado por alguno de los camaradas. ¿Qué te parece mi propuesta?

-Es muy sensata. Se nota que has reflexionado mucho en el asunto...

-¿Y qué me dices? –le cortó con vistas a conocer su decisión.

-Que doy mi total consentimiento y espero que practiquemos a la perfección las doctrinas de la secta de los egoístas en el negocio que acabamos de apalabrar hoy.

-No me esperaba menos de ti, augusto compañero. Después de todo, lo único que practicaremos consiste en tratar a los demás como calificó Aristóteles a los esclavos: “herramientas vivas” a nuestro pleno servicio y sumisión –concluye el anfitrión.

Petróvich se marchó de la casa de Cristóbal una vez pactados verbalmente dos contratos: el de conseguir los encantos femeninos de la dama de los sueños de Cristóbal a cambio de información inmobiliaria y un millón de pesetas, y, por otro lado, la obligación de permanecer entre ellos un vínculo más sagrado que el matrimonio o los hijos, por algo habían entrado a formar parte de la insigne secta de los egoístas de Alicante.

El ruso se había ganado merecidamente su fama de profesional: ni siquiera a su mujer, cuando al regresar a su chalé copulaba con esa belleza descomunal y en la postura preferida por él -idéntica a la practicada por los perros-, no le contó ninguno de los pactos convenidos con Cristóbal; solamente le dijo que el motivo de la tertulia fue exclusivamente acerca de negocios comunes inmobiliarios. El ruso estimaba de forma sui generis a su esposa: como a una amante ideal con quien disfrutaba incluso más que con las rameras y con alguien que se ocupaba de los asuntos domésticos de la crianza de los hijos y las labores de la casa, a los que él no quería dedicarse en modo alguno. Por otro lado, actuaba tan escrupulosamente que su mujer sospechaba de sus actividades profesionales por el alto nivel económico en